

LA VITALIDAD ESPIRITUAL PERSONAL⁴⁷

Por qué es urgente que nos preocupemos de la “vitalidad espiritual personal”

La “renovación adaptada” de la vida religiosa, después del Concilio, ha insistido en el reajuste de las instituciones. En todas partes, una intensa reflexión y un intenso trabajo han cristalizado en textos constitucionales a menudo realmente notables. Es comprensible que, apremiados por esta tarea, no siempre nos hayamos preguntado con bastante insistencia: ¿Qué clase de individuos y con qué personalidad y virtudes podrían vivir esas instituciones, de manera que den el fruto que de ellas se espera? Quizás pensaron algunos que buenas estructuras de organización y de gobierno originarían necesariamente buenos religiosos o buenas religiosas y que no había razón para preocuparse de un conjunto de problemas relativos al individuo, paralelamente al conjunto de los problemas institucionales.

Personalmente pienso que ninguna renovación de la vida religiosa es posible, si no se la sostiene firmemente a la vez por las dos puntas: la renovación institucional y la transformación personal. Pero creo que en ambas cosas hay que decidirse por algo nuevo, ya que vivimos una coyuntura desconocida hasta hoy por la vida religiosa y la sociedad entera.

En efecto, si miro cómo evoluciona cada uno en el seno de la vida religiosa, tal cual se presenta ante nuestros ojos, compruebo una singular promoción de las personalidades. Digo singular, para emplear a propósito un adjetivo ambiguo. Es innegable que estamos en la época del desarrollo de las personalidades: El Concilio ha visto en esto un movimiento de cultura significativo y en sí bienhechor (*Gaudium et spes*, n. 31). También una necesidad social: las múltiples responsabilidades -y esto vale también en adelante para muchos religiosos y religiosas- forjan tales personalidades, desarrollan el espíritu de iniciativa, requieren autonomías funcionales que llevan consigo modos más flexibles de obediencia. Se ha comprendido, y con razón, que esto es un ideal evangélico y una condición de la vitalidad de la Iglesia: se alienta a cada uno a desarrollar sus dotes personales bajo la moción del Espíritu para servicio de todos.

Persiste, sin embargo, una perplejidad, y en ella precisamente se manifiesta la ambigüedad. ¿En qué queda entonces ese renunciamiento personal tan riguroso exigido por Cristo? No soy de, aquellos que plantean insidiosamente una pregunta para probar que el árbol de la renovación no es bueno ya que produce frutos tan dudosos. Planteo la pregunta como una cuestión cuya solución no está a nuestras espaldas, en ciertos ejemplos poco convincentes de un pasado muy próximo, sino por delante de nosotros, en una búsqueda imperiosa que no podemos eludir. ¿Qué significa el morir a sí mismo, para la personalidad desarrollada del hombre moderno en las sociedades progresadas? Si las disertaciones tradicionales sobre este tema ya no hacen reaccionar, es en gran parte porque no se ve que respondan a la actual situación.

Por otro lado, si considero de qué manera la vida religiosa padece el choque de la vida moderna, en cuya corriente se ve arrastrada, descubro perspectivas inquietantes: Nada menos que la amenaza de disolución de la vida religiosa, renovada o no, por la fuerza de las cosas y de las situaciones. Los ritmos de las actividades urbanas, las sobrecargas profesionales, las corrientes arrolladoras de la información, las formas de esparcimiento, etc., hacen poco a poco del religioso o religiosa una molécula que se deja llevar como los demás. Algunos hacen de esto una espiritualidad, lo cual puede sostenerse a condición de que no sea la del perro muerto arrastrado por la corriente, sino un tomar cuenta de sí y un combate.

⁴⁷ De *Vie Consacrée* N° 4 – julio-agosto 1972. Tradujo: Hna. Lía Carlota Barilari, osb. Abadía de Santa Escolástica.

En realidad, este combate es el que espera a todo hombre en la sociedad actual: ¿En qué queda entonces su personalidad? Acabamos de decir que es desarrollada, pero al mismo tiempo (y es la paradoja de la sociedad de consumo) se niega, se mutila, se inhibe a esta personalidad. Una crisis de identidad afecta a quienquiera se asigne un proyecto que no sea el simple reflejo de las condiciones de vida que el sistema le impone. En el religioso o la religiosa, esto se traducirá por un cuestionamiento de su celibato consagrado, por la pérdida del sentido de la oración y de muchísimas otras cosas.

Muchos piensan que sólo transformaciones profundas de las estructuras sociales, podrán permitir al hombre recuperarse para sí mismo. Pocos son los que se dan cuenta que es preciso considerar los dos extremos de la cuestión y que la transformación de las personas no será la simple consecuencia de una revolución. Hay que hacer otra cosa, como lo ha reconocido recientemente el sociólogo Georges Friedmann: “Las malas instituciones no son las únicas responsables de los ‘límites del factor humano’. Al mismo tiempo que sobre el contexto físico, psíquico y social, se ha de reflexionar sobre el hombre y promover la acción a partir del hombre”⁴⁸.

Entonces, volvemos siempre a la misma pregunta: ¿cuál será el ser (y de qué género, de qué especie rara) que se sienta capaz de llevar a cabo, con un alma verdaderamente evangélica, las tareas ambiciosas y los proyectos atrevidos que la mayor parte de los institutos religiosos se han asignado en su entusiasmo post-conciliar? Comprendemos bien que no es cuestión de querer en primer término modificar esto o aquello, inventar nuevas disciplinas, agregar nuevas exhortaciones más hermosas que las precedentes: “las Hermanas pondrán empeño en..., recordarán que..., se sienten dichosas por esto o por aquello”. La cuestión es mucho más radical: ¿quién en concreto se empeñará, recordará, se sentirá dichosa? ¿Quién se pone en oración, prepara un curso, toma parte en el capítulo de la comunidad? ¿Quién pronuncia sus votos? Al ver con qué rapidez, a veces, los que los han pronunciado piden ser dispensados de ellos, y con qué tranquilidad de espíritu pasan a otra cosa completamente distinta, uno se pregunta si esas personalidades sucesivas no son figuras sin cesar cambiantes de un sujeto que se ignora a sí mismo (Y que por ese motivo merece misericordia), de un Yo-Proteo⁴⁹.

La necesaria transformación de la conciencia

Planteamos aquí esta evidencia que nadie podrá negar: Llegar a una conciencia más auténtica de sí, como sujeto comprometido en la modalidad de esa Alianza nueva, que es la vida religiosa, he aquí la condición primordial de nuestra salud humana y espiritual. Ahora bien, estimo que estamos muy lejos de tener una visión clara de lo que esto implica. Nuestro lenguaje espiritual (incluyendo el de nuestras constituciones) está repleto de declaraciones magníficas, pero la tradición concreta que nos habla con este lenguaje, es incapaz de suministrarnos los medios adecuados para practicar estas cosas. A fuerza de decir y de no hacer, no por hipocresía sino porque no se sabe cómo llegar a realizarlo, las mejores voluntades se desaniman.

He empleado la expresión conciencia de sí mismo. Nada más común y, por otra parte, más difícil de captar. Quisiera sin embargo mostrarles que el nudo de la cuestión está allí y que se trata, nada menos, que de una transformación radical de esta conciencia de sí. Todo, en nuestra civilización, la desarrolla y la exacerba. Se hace lo posible para halagarla y se la vuelve quisquillosa y antojadiza. También, todo poder trata de conciliársela o incorporársela: es un mercado indefinido que los mercaderes de lo imaginario, de la información, de la ideología, se esfuerzan por acaparar. El resultado es que tiende a reducirse a lo “mental”, pantalla móvil en la que se proyectan las ideas y sus asociaciones, las imágenes y las opiniones; lugar respetable,

⁴⁸ *La Puissance et la Sagesse*. Paris, 1970, p. 148.

⁴⁹ H. J. LIFTON, *Protée ou l'homme contemporain*, en *Analyse et Prevision*, t. III, n. 1, enero 1967, pp. 35 s.

también, de las preocupaciones y las representaciones de cosas que hay que hacer, ver o decir. Ciertamente, en medio de esta película incesante y ruidosa, llegamos mal que mal a seguir las pistas de algunas ideas verdaderas o de algunos juicios sólidos, pero esto constituye un rendimiento intelectual bastante mediocre. Y ¡qué decir del rendimiento espiritual!: en este campo así reducido, la Palabra de Dios, los símbolos sacramentales, las convicciones espirituales se reducen a sombras chinescas, a ideas que se agitan hasta el día en que, distorsionadas por la exigüidad y la chatura de este espacio mental, toman modalidades absurdas: entonces se las deja de lado.

Este estado mental agitado, está surcado perpetuamente por descargas afectivas incoherentes. Porque obligados a hacer buen papel en un ambiente social o profesional, donde reina un *consensus* de objetividad racional, sin embargo seguimos siendo la presa de todos nuestros demonios familiares (el miedo, la necesidad de seguridad, el deseo de ser aplaudido, etc. que traicionan y ocultan las configuraciones atormentadas de nuestro inconsciente. Nos denuncian como centrados en nosotros mismos. No convenimos en ello de buena gana, y eso agrega a ese primer mal, el de permanecer en estado de mentira: realizamos actos de una vida de abnegación para con los demás, de piedad, de obediencia, etc., pero en realidad son más o menos engañosos. Estamos tan bien identificados con nuestro personaje que no queremos que desaparezca porque entonces tendríamos la impresión de desaparecer junto con él. Así, cuando se nos habla de renunciamento, como no tenemos otra experiencia que la de este yo mentalizado y narcisista, experimentamos un reflejo de repulsión; o más bien este mismo yo, habiendo monopolizado hipócritamente toda palabra, protesta que no quiere saber nada con esta locura inhumana.

La paradoja de nuestra época radica en que tenemos que vivir en el seno de un mundo cada vez más objetivado, aun en sus relaciones interhumanas, mientras que vamos arrastrando en todo momento una subjetividad exacerbada, cuya desdicha consiste en tener que representar siempre una comedia, que no acertamos a poner en claro. Y en el mismo instante en que reivindicamos el desarrollo de nuestra personalidad, desconfiamos, por ejemplo, de la oración porque decimos que tenemos miedo de ceder a los caprichos de la subjetividad; damos mil vueltas para no intercambiar entre nosotros el menor elemento de experiencia evangélica, porque sería caer en el subjetivismo, etc., etc. .

¿Es posible entonces que no distingamos la contradicción absurda en la que nos encerramos? ¿Por qué no mirar más de cerca de qué asunto se trata cuando uno vive su subjetividad sin nombrarla o cuando se la repudia tan pronto como hace ademán de presentarse a cara descubierta? ¿Llegaremos por fin a saber *quiénes* somos? ¿*Quién* es el que experimenta esos sentimientos que alimenta bajo la máscara, y que tiene miedo (y ¿por qué tiene miedo?) de reconocerse francamente como el sujeto en la oración, en el compartir, en la experiencia evangélica?

No quiero entregarme aquí a un análisis sacado de alguna de las ciencias psicológicas, hoy desarrolladas. Tales ciencias tienen muchísimas cosas que enseñarnos pero no tengo ahora tiempo para referirme a ellas. Por añadidura, son pocas las personas calificadas para llevarlas a buen término. Por el contrario, mientras existimos, todos tenemos que avanzar por el camino de la transformación personal y necesitamos para esto puntos de referencia empíricos. Voy a tratar de describir algunos de esos puntos de referencia, en un lenguaje de parábola (expresamente querido), pero susceptible de provocar una puesta en marcha.

La complejidad de nuestra "subjetividad"

¿Quién soy? "Yo", respondo sin duda inmediatamente. A ese yo apresurado en responder llamémosle *EGO*. ¿Quién es *EGO*? Me doy cuenta de que en el fondo no puedo responder a semejante pregunta. Lo más que puedo hacer es contar la historia empírica de este *EGO*; es evaluar su comportamiento, optimista o pesimista, feliz o desdichado, abierto o cerrado,

temeroso o valiente, etc.; es describir sus ocupaciones: le gusta la música o le fascinan las novelas policíacas; está obsesionado por la contaminación del aire o pasa muchas horas en preparar vidrieras, etc. .

EGO es un producto de las circunstancias; pasó por ellas como pudo, se enfrenta día tras día con las exigencias de su vida, con más o menos éxito, pero en una especie de condición servil, porque nunca supo exactamente cuándo nació y ni siquiera si había nacido de veras, es decir, si había dicho verdaderamente sí a la existencia, de esa manera única que es propia del hombre. En este sentido, *EGO* soy yo, ese pobre diablo a quien yo no debería vilipendiar.

EGO, es el niño que fui; marcado por los miedos internos y las prohibiciones externas; es la suma de los conflictos sepultados en el inconsciente, y es por lo tanto el individuo estigmatizado por las diversas contracturas neuróticas resultantes de esos conflictos y que son su desenlace azarosamente improvisado.

EGO es el personaje que fue y será siempre necesario aparentar en la vida social; es aquel que debe “quedar bien” en toda clase de situaciones sin llegar a estar nunca a la altura de las circunstancias (y quedándose muy corto a veces). Es aquel que debe ingeniárselas para no “cambiar el semblante”, ese rostro un poco crispado que ya no puede abandonar, pues se lo ha compuesto con mucho trabajo. *EGO*, es aquel que, obligado a múltiples relaciones con el otro, es incapaz de vivirlas, todas, o de vivirlas bien, o de vivirlas a fondo, e invierte una energía psíquica considerable en compromisos, defensas, precauciones y agresividades.

EGO es una cara, y es (perdónenme el juego de palabras) una careta, una apariencia a la que le falta perpetuamente lo que sería su profundidad, su quilla, su estabilidad, su certeza. Pero, ¿qué cosa le falta? ¡Si fuera capaz de saberlo ya estaría salvado en parte! Mas lo ignora y por eso arrastra una ansiedad, un malestar permanente, que le es preciso compensar o hacer olvidar. Esto le da rasgos tiránicos, muy subterráneos. Una sola cosa cuenta para él: su autoconservación, su autojustificación, su autosatisfacción. Disimuladamente se convierte en un vampiro: tiende a saquear todos los momentos de mi propia existencia y a utilizarlos para encontrar en ellos su seguridad o su gloria, para buscar en ellos una conciencia de sí que cree encontrar, en efecto, pero que no es más que un engaño.

En ciertas circunstancias, sin embargo, gracias a un encuentro, al choque de un acontecimiento, a la rendija de una repentina lucidez, la careta se resquebraja. Es a la vez una rotura y un resquebrajamiento: como si una posibilidad de ser Yo, diferente de mi *EGO* apareciera por un instante; otro Yo, el que soy en profundidad y que ignoro cómo serlo en la vida corriente. Este otro Yo, llamémosle *PAIS*, de una palabra griega que significa “servidor”. *PAIS* no es un yo ideal, una proyección (toda proyección no sería aquí sino un juego de mi *EGO*); es mi ser-hombre. sustancial (no entiendo estas palabras en un sentido de teoría metafísica sino de experiencia existencial). *PAIS*, es mi ser auténtico, en el espacio y en el tiempo, en las circunstancias de la vida y en los lazos inter-humanos, que lleva en sí la capacidad de afirmarse de manera justa, de presentarse y afirmarse a cada instante, de manera correcta, en la existencia, siempre al servicio de algo que lo supera y lo realiza (no “valores” sino el otro, la humanidad, una trascendencia concreta, Dios). *PAIS* es mi ser personal tal cual ha sido creado por Dios, a su imagen y semejanza: pero *EGO* lo ha sofocado como un parásito y lo ha desfigurado, lo ha alienado, chupándole, como un vampiro, sus energías, sus facultades, sus talentos, usurpando de manera lastimosa su noble lugar en el seno de la existencia cotidiana.

PAIS no es aún la última palabra de mi identidad. Si lo he llamado servidor (no esclavo), es porque, en efecto, debe llegar a ser otra cosa. Mantenerse erguido de manera justa en la existencia, obrar en justicia partiendo de esta exactitud y hasta permanecer en estado de transparencia con respecto a una trascendencia innominada, es una nobleza humana incontestable. Pero el hombre está llamado a mucho más (“ya no os llamo siervos”, decía Jesús a sus apóstoles). Está llamado a ser *UIOS*, hijo en el Único Hijo de Dios. Nuestra identidad

última, nuestro verdadero rostro, nuestra personalidad auténtica consiste en la manera única en que cada uno participamos en la filiación divina de Cristo por la filiación adoptiva de la gracia.

En realidad, decir todo esto no es muy original. Pero lo que me parece original en nuestro tiempo, lo que se me presenta como capaz de ser una verdadera revolución en nuestras vidas, es decidirse a vivir estas cosas que son conocidas y decidirse sabiendo a lo que uno se expone y se compromete. No se trata de nuestra santificación personal, en el sentido disyuntivo que ha tomado la expresión y que implicaba en el lenguaje corriente no sé qué alternativa que excluía el tomar a su cargo la salvación de todos. No se trata de búsquedas místicas, de descensos a fabulosos reinos interiores, de esoterismo espiritual, en el sentido en que todo esto puede aparecer como pasatiempos de ociosos un tanto enfermos (*alibis* del *EGO*) para eludir la participación en los verdaderos dramas del hombre contemporáneo. Pero las situaciones extremas en que nos acorralan estos dramas, y que bien podrían tornarse trágicas en nuestra sociedad en crisis, nos ofrecen al mismo tiempo una oportunidad de encontrar nuevamente el verdadero sentido de nuestra transformación personal. Es ésta una responsabilidad grave para cualquiera que la vislumbre; es una tarea quizás heroica, pero posible (y quererla con tenacidad puede ser una de las características del sujeto que entra en la vida religiosa); en todo caso, es una de las condiciones esenciales para que todas las otras transformaciones, evoluciones o revoluciones, que nuestra razón histórica nos hace estimar como necesarias, no se conviertan en un callejón sin salida, donde multitudes enteras caerían en la trampa.

Hay que hacerlo...

Sería yo un extraño individuo si después de afirmaciones tan fuertes eludiera la pregunta que aflora a vuestros labios: ¿qué tenemos que hacer? En efecto, hay algo por hacer y un camino por recorrer. Puesto que llegamos al terreno de la práctica, ante todo preguntémosnos: ¿Quién va a hacer este algo? ¿Qué instancia eficiente pondrá por obra la liberación de *PAIS* parasitado por el *EGO*, para preparar así el advenimiento del *UIOS*? Esta instancia no es ninguna de las tres precedentes; llamémosla *BOULE*, de una de las palabras griegas que significan la voluntad. *BOULE* es nuestro libre albedrío, es la conciencia instantánea que compromete tal o cual asunto, que orienta en tal o cual dirección, que decide ejecutar tal o cual acto. Es nuestro consejo personal al cual dice la Escritura que Dios ha remitido al hombre (*Si* 15,14), no en el sentido de consejero no responsable, sino de instancia deliberativa para analizar la situación y tomar medidas en consecuencia⁵⁰. La complejidad de la vida moderna ha acrecentado la necesidad y la multiplicidad de tales consejos, a todos los niveles de decisión colectiva. Pues bien, afirmo que serán necesarios consejos que presten mucha atención a los problemas que plantea la indispensable y difícil transformación personal. Pero porque esta transformación es personal, ningún otro consejo puede ser, en último término, eficaz sino el de la persona misma en su conciencia viva. Ahora bien, nuestra *BOULE* (voluntad) puede tomar la decisión de obrar de manera eficiente para la transformación personal sólo cuando está convencida de su necesidad e instruida acerca de los medios de su realización.

La toma de conciencia de esta necesidad puede ser estimulada:

—por las situaciones sin salida de más en más dolorosas en las que se debate *EGO*, que nos obligan a interrogarnos nuevamente sobre qué es lo que buscamos en la existencia, sobre la manera cómo vivimos, sobre lo absurdo de ciertos comportamientos o el sentido de otros que hemos descuidado, etc.

⁵⁰ No se trata de una instancia “voluntarista” que decide ciegamente sin reflexión o con empecinamiento, sino de lo que torna eficiente nuestro designio de convertirnos en auténticos vivientes.

—por la aspiración de PAIS de asomarse a través de la máscara de EGO y recuperar su herencia, aspiración furtivamente sentida quizás, pero un tanto irresistible, porque nuestra vitalidad natural profunda se lanza enteramente en ese sentido.

—por la esperanza teologal de devenir UIOS, esperanza que pone a algunos en un camino de transformación personal, por pura y recta obediencia a lo que les parece que Dios les pide, y sin preocuparse por la naturaleza de dicho camino.

He aquí a mi BOULE conquistada para la causa de la transformación personal; mi voluntad se convierte entonces en “buena voluntad” para *hacer* algo en ese sentido. Insisto sobre el *hacer*, porque hay algo que practicar. La vida espiritual siempre perece cuando se transforma en palabras, aunque sean patéticas, y cuando ya no es camino recorrido con la larga paciencia de la experiencia. La oración languidece cuando ve que se la objeta con toda clase de argumentos y de imposibilidades por parte de aquellos que no pueden sino imaginarla, puesto que nunca la han practicado con rigor. La vida religiosa se muere siempre que se torna alegato en su propio favor, auto-exaltación de su sentido teórico, acumulación de textos sublimes, en lugar de ser una praxis cotidiana verificada por sus frutos por una parte, y por los hermanos y hermanas con quienes se convive por otra.

Entonces, ¿qué es lo que hay que hacer? Esencialmente, tres cosas que contienen muchas otras:

- dejar caer a EGO,
- fortalecer a PAIS en sus intentos de mantenerse en la existencia de manera justa,
- favorecer la transformación de PAIS en UIOS.

Dejar caer a EGO

Dejar caer: es la expresión de los *hippies* americanos para significar que se “desolidarizan” de la sociedad de consumo. Están hartos de ella y se vuelven hacia otra parte. No discuto aquí si tienen razón o no: tomo esta actitud contemporánea como una imagen psicológica bastante exacta de lo que el cristianismo llama conversión (*metanoia*). Ahora bien, me gusta mucho traducir por “dejar caer”, uno de los términos tradicionales del vocabulario bautismal. Habitualmente se traduce como “despojar” o “dejar” al hombre viejo (cf. *Ef* 4,22). Yo digo “dejar caer”. ¿Por qué? Porque la imagen es sugestiva y nos ayuda desde ya a ponernos en camino (por otra parte, era expresada con gestos por los catecúmenos de la antigüedad quienes, en el momento de descender a la piscina bautismal, dejaban caer literalmente sus vestidos que simbolizaban al hombre viejo).

Lo primero que hay que hacer es dejar caer a este EGO, a la vez tiránico y desdichado (desdichado en el fondo, aun cuando se goza en la superficie). Cualquier otra táctica corre el riesgo de no llegar más que a dejarse recuperar por él, porque lleva más de una astucia en su alforja. Gracias a sus complicidades con nuestro inconsciente, es perfectamente capaz de afianzarse precisamente por aquello con lo que queremos humillarlo y de engordar con lo que nosotros creemos hacerlo morir de hambre. Por otra parte, al dejarlo caer, tenemos la oportunidad de suministrar un poco de aire a nuestro PAIS oprimido, permitirle cierta vitalidad y tomar la delantera. Es verdad que EGO, con sus poderosas apetencias, sus inquietudes devoradoras, sus innumerables caprichos, nos parece una tela de araña tan bien tejida que, en un primer momento, no acertamos a ver cómo escapar de él. Pero en realidad hay en EGO una debilidad radical: no sobrevive sino poniéndose en guardia. Tan pronto como BOULE logra “dejar caer” tal o cual defensa, EGO pierde la careta: puedo comenzar ya a identificarme con PAIS.

Descendamos aún, más modestamente, a lo práctico. Con buen número de espíritus contemporáneos, estoy persuadido de la unidad psicósomática de nuestro ser (más aún ¡pneumo-psico-somática!). Imposible entonces operar sobre lo espiritual sin obrar sobre lo psíquico y sin obrar con el cuerpo. Y el menor ejercicio consciente del cuerpo o de la psiquis tiene una nobleza y una importancia tales que lo tornan precioso para las más altas ambiciones del espíritu.

Para darnos una simple idea de la manera como EGO modela nuestro personaje, “dejemos caer” los músculos de la cara, lo que justamente se llama la máscara. Deponed la máscara, distendiendo esa vuestra máscara: el juego de palabras es sugestivo. Por otra parte, eso no es tan sencillo, y algunos necesitan un verdadero aprendizaje de relajación para conseguirlo. Descubriréis entonces el estado de crispación en que vivís, desde la mañana hasta la noche. Y al tratar de sentir por dentro vuestro rostro distendido, tenéis la impresión de ser, en cierta forma, otra persona. Sí, un poco menos EGO y un poco más PAIS, si el ejercicio físico se vuelve un ejercicio psíquico y por último, espiritual.

De una manera decisiva, convendría ejercitarse en “dejar caer” el peso del cuerpo en lo que los japoneses llaman el *hara* (el lugar del vientre) a fin de asentar nuestro ser en un verdadero centro de gravedad: nuestro ser físico que arrastra consigo a nuestro ser psíquico. Ese “dejar caer”, en el plano del ejercicio deliberado, es lo contrario de un desplomarse, es un reajuste de sí mismo en posición firme.

¿Iré aún más lejos? Advierto simplemente que tales caminos implican una iniciación cualificada y, por fin, es importante decir que ciertos ejercicios de silencio, convenientemente proseguidos, son una manera eficaz de “dejar caer” a EGO. En la línea de las prácticas más tradicionales y al alcance de todos, este ejercicio puede concebirse como la búsqueda de la pureza de intención. Para quien no tiene ningún conocimiento de su propia complejidad interior, tal búsqueda es ilusoria y parece alambicada; sería, por otra parte, prontamente trastocada por EGO, a su favor. Pero para quien tiene el discernimiento de su propio espíritu, la búsqueda tiene un sentido, y proseguirla es arduo.

En todo esto, hay que ejercitarse. Ejercicio: la palabra hace sonreír y la cosa repugna. Este fue mi caso también por mucho tiempo porque todos los ejercicios que me proponían me parecían artificiales, productos de una racionalidad criticable o de una tradición que a lo largo del camino había perdido su savia, más que frutos de una experiencia sapiencial del ser-hombre. Por caminos que sería demasiado largo explicar aquí, descubrí que había cierto tipo de ejercicios profundamente naturales que ubican al ser en su lugar y en su equilibrio. Pero aun algunos de esos ejercicios requieren un ocio favorable y nuestros contemporáneos se sienten pronto culpabilizados cuando parece que destinan, para prácticas aparentemente sin utilidad inmediata, los momentos que ellos suponen destinar al servicio de los demás, a sus tareas, a sus relaciones. A decir verdad, si hay alguna culpabilidad es la del EGO, y tan pronto como se ha comenzado a ponerlo en su lugar, el espíritu está más libre para ver más sanamente las cosas. Observamos entonces que la mayor parte de aquellos que pretenden no disponer de ningún momento para sí (salvo algunas excepciones de seres admirables no poco adelantados en los caminos de la santidad) se ven obligados de hecho a descubrir algunos de esos momentos: los llaman distensión, distracción, liberación, pero tienen tanto mayor necesidad de ellos cuanto más sobrecargados están. En esas condiciones ¿por qué no elegir como distensión un tipo de ejercicios que, por austeros que parezcan, contribuyen a la larga a equilibrarnos y, devolvernos un uso mejor de nuestra humanidad?

Se comprende, por otra parte, que el ejercicio específico nada vale si sólo consiste en una sucesión de actitudes singulares tomadas a “intervalos”: sólo tiene sentido cuando permite poco a poco prolongar, a todos los instantes de la jornada, la actitud correcta que instaura.

Siguiendo estos caminos podemos llegar a que nuestro EGO languidezca progresivamente y ceda el lugar a PAIS. Estos caminos son perfectamente practicables en las condiciones de vida del mundo moderno, No digo que sean espaciosos y confortables: nadie tiene el poder de desembarazarlo a Ud. de su EGO sin esfuerzo y dolor, y si alguno pretendiera tener la receta, no lo crea. Pero no son sin embargo caminos dificultosos y escarpados: la ascesis auténtica y útil es experiencia de desahogo, de plenitud y de real alegría.

Fortalecer a PAIS

Los ejercicios que nos permiten dejar caer a EGO, también nos permiten aprender cómo comportarnos de manera justa en la existencia. Esta manera justa es, ante todo, una actitud de todo el ser (incluido el cuerpo) que consiste en acoger toda la realidad del momento y de la circunstancia presente, apoyándonos en una fuerza interior que siempre nos es concedida. Entonces podemos responder a la situación por una acción apropiada. Releamos el Evangelio y veremos que Jesús en efecto vivió así.

Hablo de una fuerza interior que siempre nos es concedida, quiero decir que siempre es concedida a PAIS, no a EGO. Porque sólo se le concede a quien ha superado los miedos, incluido el miedo a la muerte; a quien no se busca más a sí mismo sino que quiere ser el perfecto servidor de la vocación recibida. A éste, jamás lo dejará falto su Creador de la energía que necesita para cumplir aquello a que lo destinó. Esto no quiere decir que le ahorrará todo sufrimiento, todo fracaso y la muerte, sino que en el momento en que su camino tenga que pasar por el sufrimiento, la derrota o la muerte, franqueará ese paso con nobleza, de una manera justa, con la cual dará gloria a Dios. Porque hablar de PAIS como de nuestra verdadera personalidad, no es hablar de una especie de superhombre o de Prometeo. Hacer alarde de tener músculos de acero, poderes secretos, niveles de conciencia excepcionales, es charlatanería. Nuestra ambición es a la vez más sublime y más humilde: restaurar en nosotros nuestra humanidad sencilla y fuerte a semejanza de la de Jesús de Nazaret.

La fuerza que experimenta PAIS no es, por lo tanto, un poder para dominar o triunfar, sino una capacidad para aceptar cada coyuntura y situarse correctamente en ella. Capacidad que nos hace vivir en el presente y con una mirada más penetrante de la situación, y a la que EGO, con todas sus pretensiones, no puede alcanzar. Esta es la contraprueba que nos permite estar seguros de que es PAIS quien comienza a obrar en nosotros: su presencia en el mundo, su adaptación a cada circunstancia, su atención a los demás, etc. PAIS no es nuestro doble sublime que acaso planearía en el éter: es aquel que comienza por fin a estar en el mundo.

No me alcanza el tiempo para hablar de la respiración como ocasión de un ejercicio posible (en el sentido definido más arriba) para esta etapa y como índice de lo justo de nuestra actitud. Y, en el otro extremo de nuestro ser, de la apertura al Espíritu que nos es dado precisamente para que nos conduzca por el camino de esta transformación. Pues el Espíritu es el maestro de la suprema exactitud, que inspira en las circunstancias delicadas, la única actitud verdaderamente correcta. Ahora bien, abrirse al Espíritu no es, como lo pensamos, una bella fórmula sin contenido posible; es un acto preciso y que se ejercita especialmente en la oración.

A propósito de esto, cuando nos quejamos de que, en la oración, Dios nos parece ausente, digámonos más bien que Dios nunca va a estar allí para el EGO que busca emociones, aunque tenues, u oráculos -llámenseles inspiraciones o luces- o tranquilizantes para su culpabilidad. Y suponiendo que EGO encuentre un Dios que lo deje contento en su oración, ¡mucho peor! , porque la ilusión es más terrible aún. Porque la ausencia de Dios, si se la experimenta con sufrimiento y asombro, puede conducir a nuestro EGO a descubrir que quizás tiene que cambiar para percibir a Dios siempre presente, siempre cerca cuando se lo invoca; tiene que dejar de hacer esas comedias de las que tanto gusta EGO. Ese otro, cuando descubre a Dios, lo descubre muy *diferente* de lo que EGO se lo imaginaba. Un Dios a la vez menos inmediato (menos a

nuestro alcance, menos complaciente) e indudablemente más próximo. Un Dios menos “personal” a primera vista (¡pero la persona que nos imaginábamos implicaba tal proyección del EGO, con sus pasiones y sus complicaciones!) pero ¡al fin! el Dios santo. Un Dios que no nos satisface tanto, pero que es el Amor.

Promover la transformación de PAIS en UIOS

Esta transformación es obra de la gracia, pero nosotros cooperamos con un sí desde lo hondo de nuestro ser. Ese sí es preciso *mantenerlo* (como se dice de una nota mantenida por el arco). Se mantiene en un silencio firme. Esta palabra “silencio”, extravía desgraciadamente a la mayor parte en direcciones erróneas o secundarias: el mutismo o la taciturnidad, un mínimo de sonido perceptible, una observancia o una disciplina. Y en cambio se trata ante todo de una experiencia del espíritu, de un espacio en la más despierta conciencia, de una condensación de la verdad en una especie de nube semejante a aquella con la que Dios se envuelve en la Biblia.

Ese silencio es para nosotros incluso el lugar donde se cumplen todas las palabras que nos son dichas de parte del Señor, todos los sacramentos o signos sagrados que ponemos en práctica. La experiencia cristiana es, en sustancia, una experiencia fuera del alcance habitual de lo sensible, porque en este mundo “nuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Col 3,3). Sin embargo es una *experiencia*, estructurada por una parte por la palabra que entrega su anuncio y su sentido, y por otra parte por ese silencio en el que lo más hondo del ser *permanece* en Cristo. Es necesario masticar y guardar la palabra, es necesario palpar y mantener el silencio. Estas también son cosas por *hacer*, y no hay por qué asombrarse en verdad, si aquellos que no lo hacen encuentran que la palabra no les “habla” más y que los sacramentos, la Eucaristía en particular, ya no les “dicen” nada. Es muy desolador, pero está dentro del más perfecto orden.

Para presentir, preparar, comenzar un silencio tal, existen también ejercicios simples y practicables. Nos hacen descubrir que el silencio no reside al mismo nivel que las otras actividades del espíritu, de manera que, con el entrenamiento, ese silencio subsiste aun cuando uno se afane en muchas ocupaciones. Es como un cimientito sobre el cual nuestra vida activa puede construirse con mayor seguridad y serenidad.

Un camino privilegiado para entrar a ese silencio puede ser la experiencia del misterio divino. Quiero decir que hay palabras y actos de Dios que, si los consideramos atentamente, de ninguna manera se agotan por las explicaciones racionales que se puedan dar de ellos. Semejantes al *Koan* de los maestros del Zen, tales palabras hondamente acogidas e interrogadas con toda la fuerza del espíritu, pueden hacernos desembocar súbitamente más allá de los conceptos y de los discursos, en un silencio denso y casi temible donde, como en un estuche, fulgura y permanece una verdad que se ofrece generosamente, pero que nadie puede llevarse en el bolsillo. Cada vez que se la quiere volver a encontrar, es preciso repetir la ascensión. “Antes que Abrahán fuera, yo soy”. “Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos los hombres a mí”. “Quien me ha visto, ha visto al Padre”. “Quien me coma vivirá por mí”, etc. ¡Cuánta necesidad tenemos de que se nos enseñe algo más que meditaciones perezosas donde se enhebran “ideas” como perlas de un collar! Antes bien, el camino del espíritu, que se distiende al máximo para aprehender lo que le está destinado y que se le escapa, y que no percibirá sino después de haber franqueado el muro de todos los sentidos posibles y haber encontrado la fisura que conduce a la verdad, más allá del sentido: lo que da un contenido experimental a la palabra adoración.

Conclusión

Puedo concluir brevemente. Con relación a nuestro punto de partida, vemos ahora mejor cuál es la personalidad que es legítimo incrementar en nosotros: la que asume PAIS al recuperar para sí toda la trama de nuestro ser. Y vemos ciertamente cuál es el yo que debe morir: el EGO. No

quiere decir que la abnegación evangélica no le pida también a PAIS, algún día, que sacrifique su vida, pero PAIS está dispuesto a ello en lo más hondo de su ser; puede vivir a fondo sin inquietud ni culpabilidad porque sabe morir y sabe que resucitará como UIOS.